EL HOMBRE

SEMANARIO ANARQUISTA
Editado por la agrupación "El Hombre"
REDACCION Y ADMINISTRACION
DOMINGO ARAMBURU No. 1828

AÑO II | MONTEVIDEO, SABADO 31 DE AGOSTO DE 1918 | (PORTE PAGO) | Núm. 97

GIROS Y CORRESPONDENCIA
: : : : A NOMBRE DE : : : :
ANDREA PAREDES

Dos enemigos a la vez

De hoy en adelante, comprenderán los trabajadores que, para alcanzar un mejoramiento económico positivo, habrán de luchar con dos enemigos a la vez: el capitalismo y el gobierno. Si las luchas obreras se desenvolvieran al márgen de la acción gubernativa, como sería lo justo, los movimientos huelguísticos triunfarían en su gran mayoría y el proletariado estaría ya muy lejos en la ruta de sus progresos. Desgraciadamente, el gobierno de aquí, como el de allá y acullá, declárase siempre por una acción de clase, violando así, las bases igualitarias en que debe estar fundamentada toda democracia.

Si respetables, desde el punto de vista del derecho convencional imperante, son los intereses del capital, con idéntico criterio lo son doblemente los intereses del trabajo, que constituye en sí, la condición vital de toda sociedad civilizada. Si en una democracia, las determinaciones y sanciones de cualquier orden habrían de responder a la opinión e interés de las mayorías, es natural que siempre tendrían que ser favorecidos los intereses del trabajo por la acción gubernativa, por ser los trabajadores, la mayoría social. Al no suceder así, como es notorio, al no favorecer el Estado a los trabajadores, y sí, maltratándolos, asesinándolos cobardemente, poniéndose abiertamente del lado del capital—que es una minoría social—el gobierno hace política de clase, se declara gobierno de clase, lo cual significa una negación evidente de democracia y de legalidad.

Está, pues, suficientemente demostrado en los hechos, que los trabajadores tienen que luchar con dos enemigos al mismo tiempo, el capital y el Estado, y que es este último, precisamente, quien se interpone más directamente en el camino de las conquistas económicas. Por tal motivo, las luchas obreras se salen del campo económico, que es su terreno natural, y tienen que hacerse mas abarcativas, llegar a otras esferas más universales, como ser la acción contra el gobierno, la acción anarquista, a la que no le es posible al trabajo organizado substraerse en último término. El carácter anarquista que van tomando las luchas obreras, no responde a la acción coordinada e inteligente del anarquismo, sino que, es más bien una contestación a la acción torpemente despótica de los gobiernos, a la solidaridad estrecha que estos ejercitan con el capital, subvertiendo así el régimen igualitario de las democracias. Si en todo anhelo de los trabajadores aparece como obstáculo principal el gobierno, y como factor de desorden por añadidura, es natural entonces que se fortifique y se desenvuelva el concepto de la inutilidad del gobierno y que cunda en las masas el deseo de combatirlo y anularlo. Los trabajadores fracasan muchas veces en sus luchas, pero el fracaso mismo es un aleccionamiento útil, una buena cosecha de experiencias provechosas.

Deportar, castigar, asesinar

¡Bendito país... bendito pueblo... benditos los gobernantes, flor y nata de los bandidos!...

No hay ley de expulsión, pero se expulsa. Hay derecho de reunión, libertad de propaganda, amplio márgen libertario para ejercitar la facultad de crítica a los poderes constituídos. Todo eso hay en el libérrimo código fundamental que rige los destinos políticos de la Nación; pero ello no obsta para que se nos niegue la concesión del correspondiente permiso para dar conferencias gremiales, para realizar mitines de protesta contra la policía y actos de propaganda. Se expulsa a los obreros, se les secuestra, se les mete en la cárcel con cualquier pretexto, a quienes estorban los planes policiales. Se apalea y mata a gente del pueblo, y no obstante, no se le permite a éste siquiera el ejercicio de la crítica, el derecho del pataleo.

Estamos frescos con Viera y Sampognaro, con estos dos ricos tipos, que la están ensayando de dictadores.

Habrá que salir a la calle, a estilo de los caballeros antiguos, armados de punta en blanco como quien dice, llevando al alcance de la mano una arma de precisión para defender la libertad y la vida. ¡Diablo!.. Cualquiera transita por ahí en horas de la noche, con las manos vacías, cuando sabe que las calles están ocupadas por los asesinos profesionales que se llaman milicos, peligro real para las gentes honradas! Todos los días hay atropellos que lamentar, crímenes que maldecir, cometidos por semejantes sicarios! Viera y Sampognaro, se han lucido esta vez. ¡Pobres elecciones!..

Nos parece, que se le acaba el turrón presupuestívoro para siempre. ¡Qué felicidad, entonces!

La opinión pública

Vivimos en un país sin opinión pública. Si existiera esta, no habría el gobierno realizado con impugnidad la protección ilegal de los intereses de las comanditas de bandidos que se llaman Empresas de tranvías, poniéndose abiertamente contra el pueblo; ni los criminales que han masacrado a este cobardemente, gozarían del sosiego y las regalías que le han deparado sus actos delincuentes y su condición servil. Pero no hay opinión pública, opinión valiente que enfrente al gobierno y le obligue a una actitud circunspecta.

Es así, que presenciamos el triste espectáculo de que las Empresas tranviarias se rían de los intereses públicos, y la Municipalidad, encargada de velar por estos, colabore con su desidia, con su abandono en la obra de las mismas, perjudicando al público y a los obreros.

Es así, que cada día que pasa se evidencia mejor cuanto es el valor negativo del Municipio en lo que tiene relación con el bienestar público, con las necesidades del medio social; y en el caso particular presente, se han demostrado los concejales como abogados de las Empresas tranviarias, más bien que defensores de los intereses de la población. No hay, no, opinión pública; que si la hubiera, esta fuera la hora de grandes y trascendentes reinvindicaciones, y no durarían un instante más en la altura del poder aquellos que han hecho burla de las aspiraciones populares, y han dado plomo a quienes han querido conquistar un poco más de pan.

Los derechos del niño

El niño no es respetado en sus derechos como personalidad viviente. Primero es el padre que legisla sobre su conducta, premiando o castigando sin control alguno, los menores y mayores actos. Luego, le llega el turno al maestro, quién se empeña en modificarle el temperamento y el carácter, con arreglo a un molde preestablecido, a una medida común.

La infancia, hállase pues, desamparada. Es propiedad de sus genitores, o por lo menos así se creía hasta ahora, hasta que el Estado se ha hecho presente y reclama para sí, en nombre de la sociedad, el derecho de tutela.

El niño, está agobiado de protecciones; vive sujeto a tiranías múltiples de cuyo peso no puede librarse. El niño no es un hombre. El niño se adapta a las circunstancias de fuerza, porque fuera de ellas, no puede subsistir de modo alguno.

La tiranía que se ejerce con él, pesa sobre toda su vida; sella, por decirlo así, su actitud de adaptado y de sometido.

Al niño, se le imponen deberes y se le desconocen derechos. ¿Qué tiene de extraño que cuando hombre sea propicio a la sumisión, si no se ha hecho otra cosa durante años que imponerle un régimen de conducta y en cierto modo, una inexorable disciplina?...

Hay, pues, que volver al camino y, enseñar, educar, en la libertad, respetando lo más posible la personalidad del niño y aun favoreciendo sus voliciones, estimulando iniciativas, dando un calor de simpatía a sus intentos de independencia.

Esto lo puede hacer, y lo hace ya, en la medida de sus fuerzas, el racionalismo. Prestémosle nuestro apoyo, nuestro esfuerzo, si en realidad queremos, que los pueblos, evolucionen, hacia la libertad.

Terrorismo policial

Los métodos de la policía rusa, utilizados con éxito por la policía española y argentina, comienzan a tener curso en esta república. La policía, fabrica bombas, y las hace aparecer después en manos de aquellos compañeros nuestros, que tiene interés en comprometer como terroristas. Antes, el pretexto para reducir a prisión a los obreros más conscientes, era la portación de armas con el consebido desacato y atentado a la autoridad. Ahora, se ha mejorado el procedimiento, y a cualquier camarada le aparece como por encanto una bomba en el sumario, aunque él, maldito si vió semejante artefacto en los días de su vida.

Tenemos actualmente, el caso Molineff, acusado de transportar una tremenda bomba, capaz de matar doscientos polizontes por lo menos. Lo raro es, según la policía, que dicha bomba, apesar de ser arrojada violentamente al suelo por Molinoff, momentos antes de llegar a la Comisaría, no hizo explosión. La bomba, es un gran cuento. Lástima, sí, que ella haya servido como pretexto para que se den importancia cuatro gandules policíacos, se haya martirizado a un hombre, deportado a los obreros rusos, y se persiga a toda costa con manifiesta injusticia, al compañero Denunzio. Nos convencemos cada vez más, de lo imbéciles que son los policías, al suponer que el pueblo puede tragar sus torpes historias terroristas. ¡Qué gente!... Importa, que los trabajadores no olviden a los camaradas que están presos, los cuales, esperan que el proletariado sabrá arrancarlos de las manos de sus verdugos.

El Presidio de Ushuaia

Belascoain Sayós, ha arremetido valientemente contra los criminales verdugos del presidio de Ushuaia. Ha descubierto, puesto a la luz, los más horrendos crímenes que en aquel lugar siniestro se han cometido.

Es un libro de horrores, un libro que subleva el ánimo del más apático de los lectores, del más resignado y pacífico de los hombres.

Las figuras siniestras de los verdugos malditos, están definidas de mano maestra, auscultadas en su interior, estudiadas en su psicología.

Hombres fieras, bestias feroces, son los carceleros de toda graduación, las autoridades carcelarias de Ushuaia.

Belascoain Sayós, ha tenido la entereza de lanzar su «yo acuso» a la faz de los sicarios; a él nuestras felicitaciones, y la voz de aliento para que complete su obra, en nombre de la justicia y en defensa de las infelices víctimas.

PARA TODO LO RELACIONADO CON NUESTRO SEMANARIO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA, DIRIJANSE A NUESTRO AGENTE FRANCISCO ELORZ, TACUARÍ 1469.—B. AIRES.

ENSAYOS CRÍTICOS

Las teorías de una literatura científica

XX

EL MASSIOTISMO

IV

«Toda la alta novedad científica de mi verificación-estricta, sobre el dato universal y exacto de Newton—dice Massioti—está en esa trascendental noción-real, transformadora, no sólo de todo el Saber humano, sino de su génesis efectiva; o sea, de que la fuerza es efecto y no causa del movimiento». Esa es, efectivamente, la innovación del *massiotismo*. Las ciencias en general sufren a su contacto la modificación de sus causas y el trastorno de sus principios. El movimiento es la génesis real de todos los fenómenos del universo y todas las concreciones u hechos humanos. Lo mismo en astronomía que en humanidad, que en el tiempo y en el espacio, la verdad digna de examen y de explicación, es el movimiento. Apartarse de esta causa generadora de la vida, es sumergirse en un mundo de ficciones. He aquí lo absoluto.

Los problemas más difíciles de abarcar y de resolver, se tornan simples y sencillos recurriendo a ese *todo* que contiene y expresa todas las partes. Un ejemplo de lo que exponemos se significa en el problema de los tres cuerpos que el *massiotismo* reduce a dos. Este problema astronómico es el que estudia y trata de fijar los movimientos de los varios cuerpos del sistema planetario y cuyo enunciado es el siguiente: Dados nueve puntos (el Sol y los planetas principales) de masas determinadas y cuyas posiciones y velocidades en un momento definido son conocidas y que obran unos sobre otros conforme a las leyes de la gravitación universal, llegar a determinar las posiciones que ocupan en una época cualquiera. Ahora bien; la solución de problema tan intrincado es desconocida. La ciencia lo resuelve aproximativamente, pero no con rigurosa exactitud. Ello es fácil de comprender.

Si en el universo no existieran más cuerpos celestes que el Sol y un planeta, éste describiría alrededor de aquél una elipse perfecta, de conformidad con las leyes de Keplero. Pero el sistema planetario se compone del Sol y de ocho grandes planetas, y todos se atraen mutuamente en virtud de la gravitación, siendo por tales atracciones mutuas que se desvían y separan del camino que el Sol de por sí fija o determina. Es pues por esta circunstancia que las diferencias variables que existen entre la trayectoria real de un planeta y el movimiento elíptico que indican las leyes de Keplero, se llaman desilguadades o perturbaciones. Y el cálculo de las perturbaciones es lo que constituye el problema capital, el problema por excelencia de la Mecánica Celeste. Es, como puede pensarse, un problema dificilísimo que no se resuelve sino por aproximación.

Pero el *massiotismo*, sin embargo, lo resuelve perfecta o exactamente reduciéndolo a dos puntos o a dos planetas: la Tierra y la Luna. Y agrega: «No hay tal problema de los tres cuerpos, porque no hay tres elementos mecánicos, ni tres instrumentos matemáticos, ni tres facultades psicológicas, sino dos, exclusivamente dos y concordes, a saber: Dos elementos realizables: dinámica y estática; dos instrumentos de verificación: dimensión y cantidad; dos facultades de senti-conocer: sensibilidad e inteligencia». Y así, de esta suerte convencional o acomodaticia, Massioti resuelve, con una sencillez estupenda, todas las cuestiones de la vida. En lo que al sistema planetario se refiere, sólo hay necesidad de atenerse a la Tierra y a la Luna para poder fijar su posición en cualquier momento dado. La atracción que ejercen los demás astros, no disminuye o altera los valores de tal exactitud.

En el mismo orden plantea y resuelve toda la fenomenología del planeta. Desde la nube que encapota la limpidez de la atmósfera y derrama sobre la tierra su rocío, su escarcha o su lluvia, hasta el aerolito que hiere y mata como un rayo, todo, absolutamente todo, es efecto del movimiento. El ser humano como la brizna de hierba, tienen su génesis en la movilidad. Las organizaciones de la vida no tienen historia, ni cualidades, ni medio, ni hay en ellas el desarrollo de evolución que modifica sus caracteres originales. El sér es conformado o hecho de manera absoluta, primero como efecto del movimiento y segundo por las predisposiciones intelectuales de la madre. La voluntad es un mito que sirve de juego a los filósofos paradógicos. En la criatura humana hay dos facultades únicamente: inteligencia y sensibilidad. La inteligencia es patrimonio del género femenino y la sensibilidad del género masculino. La primera se expresa por la *estática* y la segunda por la *dinámica*. El problema que predomina es el de dos cuerpos. No interviniendo en la génesis del hombre más que esos dos elementos, el tercero llamado *voluntad* y en el que se han venido apoyando todos los conocimientos, es un error o una ficción. Las sociedades humanas no progresan ni por sus aspiraciones, ni por sus deseos, ni por sus ideas; son como son; es decir, son de acuerdo con su estática y con su dinámica.

En efecto, «la voluntad-y-volición humanas, como el crecimiento,—dice Massioti—es un efecto-del-nacimiento, o un hecho realizado de «energía cinética», o electro enérgico y que se expresa y significa tal cual como senti-mental y psico-fisiológica o psico-físicamente es cada individuo, sin que pueda variar-se hasta morir, ni como forma, ni como esencia formalizadora». La voluntad, pues, según lo expresado, es una concreción que se efectúa en el seno de la madre y de acuerdo con su estática o su inteligencia. Pero para que la inteligencia de la madre se consagre a la perfección fecundatriz del hijo necesita apoyarse en la voluntad, en su voluntad. ¿Ha pensado en esto Massioti? Creemos que no. Si la mujer tiene facultades expresas en ella misma para hacer al hijo bueno o malo, feo o bonito, inteligente o ignorante, debe disfrutar de un arbitrio que el mismo Massioti proscribe de su ciencia con su negativa de la voluntad. No conocemos la definición que de esta cualidad de la criatura hace Massioti. Expresa, no obstante, que la voluntad se entiende como la potencia psicológica por la cual el hombre puede hacer lo que quiere; pero esto no es una definición de experiencia científica o racionalista; es, sí, la definición que han dado las creencias positivas, sostenidas sobre la concepción del libre albedrío.

La voluntad, empero, tiene un radio de acción, como tiene un radio de más o de menos desarrollo. El radio de acción actual de la voluntad humana, es el mismo radio que comprenden todos los siglos de experiencia, de esa experiencia que los hombres han ido acumulando en sus medios respectivos y por la que han acelerado sus movimientos y sus acciones y un dominio relativo sobre muchos factores del universo. El hombre de esta época dispone a su merced de un conjunto tan poderoso de recursos de ejecución, que bien puede compararse con los atributos de los dioses. El mundo casi le va perteneciendo porque lo va dominando. Puede moverse de acá para allá, de arriba para abajo, puede hacer en un orden infinitamente más amplio o como hacia el hombre de hace algunas centurias. ¿Y qué es esto sino la experiencia de una vasta serie de ejercicios continuados, y qué es la voluntad sino el dominio de la experiencia? Es claro que el hombre no puede ser más alto o más bajo de lo que es, ni más bonito, ni más feo, ni más sabio ni más torpe; pero al tener el deseo de ser otra cosa de lo que es, tiene una idea de perfección sobre la que trabaja, aunque no lo piense, las facultades del hombre futuro; idea de perfección que comprende lo que hemos dicho antes, el desarrollo de la voluntad. Pues qué, ¿hasta para persistir en una idea, aun cuando ésta no sea susceptible de realización, no es necesario tener la voluntad de esa idea? Sin duda. La voluntad, por consiguiente, no es un mito, es una realidad cualitativa de relativo poder.

La ciencia de Massioti, como no puede por menos, tiene forzosamente que apoyarse en esa cualidad, y por ella pretende normalizar el genitalismo humano. Por medio de la voluntad no se realizan milagros, pero se realizan esfuerzos que inician los desarrollos y los practicismos de una época, de una civilización, de un pueblo. La voluntad es poder de presente, en la experiencia, y es poder de futuro por lo que emula, por lo que predispone y por los esfuerzos que prepara. Sólo entendiéndolo así, es por lo que existen muchos conocimientos, deseos e ideas que trabajan y procuran la perfección de las sociedades en los órdenes políticos, sociales, económicos, religiosos y filosóficos.

El ser humano, pues, no tiene en la mujer su génesis absoluto, como enuncia el *massiotismo*; el ser humano como todos los seres, tiene un vasto pasado al que responde por modalidades adquiridas por hábitos, por instintos, por sentimientos y por conocimientos; tiene un presente, en el que actúa, poniendo en acción ese bagaje pretérito; y tiene un futuro que inicia y que trabaja en el presente, futuro que puede considerarse como el universo de las ideas, de los deseos, de las inquietudes, de las quimeras y de las aspiraciones. La voluntad puede definirse también como una cualidad del movimiento psicológico del hombre, de ese movimiento que si empieza a caracterizarse orgánicamente en la madre, no concluye en la madre, sino que sigue, continúa y asciende por sobre cada uno de sus actos, de sus pasiones, de sus ideas y de sus tendencias.

José Torralvo

Esbozo de una nueva cultura

Una interpretación nueva de lo que somos, pensamos y hacemos, nos halaga y nos enamora grandemente. Y es que en la filosofía de las nuevas interpretaciones, se hallan implícitos los valores nuevos. Las ideas valen o no valen por la doctrina de sus intérpretes. Y si algunas de entre ellas nos encantan y nos entusiasman por su originalidad y por sus vastas proyecciones universales, no es a su propia virtud a quien debemos asignarle tan magnos atributos, sino al pensador que ha sabido situarlas sobre tales rangos o al artista que ha sabido colocarlas sobre aquellos planos henchidos de bellas cualidades.

La idea nueva, justa y cierta, corresponde exactamente a un espíritu nuevo. De un espíritu viejo, atrofiado o cansado, sólo pueden esperarse las ideas antiquísimas de aquellas generaciones que fueron en tales o cuales tiempos pretéritos.

La vida es evolución; pero la evolución de la vida tiene su registro en la escala armoniosa del espíritu humano. El yo soy, simple y aislado, no basta a las fuerzas biológicas que lo impulsan todo hacia adelante, sino que es menester para que se complete en la lucha vital, el yo interpreto. En el yo interpreto, en efecto, se halla la doctrina que recuerda a los hombres lo que son, la doctrina que los interroga y los exhorta a las actividades de lo que pueden ser; se halla la filosofía que analiza los distintos aspectos del universo, la ciencia que va poco a poco comprendiendo sus leyes y experimentando sus energías y el arte que esculpe sus imágenes, critica sus fealdades y canta sus bellezas.

Interpretar es, pues, vivir dentro de lo relativo traducido a lo cierto. Si las sociedades humanas se extravían en la equivocación y se debilitan entre las manifestaciones atávicas y cristalizadas de las ideas que fueron, es porque no saben ser; es decir, es porque no saben interpretar. La misión filosófica, científica y artística de una época, consiste en consagrar sus esfuerzos a la interpretación de su destino. Pero esta interpretación exige una sabiduría que es, ciertamente, la que cuesta más caro o la que se lleva más tiempo.

El hombre prefiere vivir enlazado a la rutina del remedo que lo esclaviza, antes que poner su vida en relación con los desarrollos que puede darle su espíritu. Esta labor nueva y viril, sólo es acometida por el tipo joven, por ese tipo que se encara con su época y sacude sus angustias, maldice sus adaptaciones y pelea contra los medios en que se encuentran arraigadas; por ese tipo que desafía, como un apóstol, todo su pasado de errores y toda su historia de atavismos. Interpretar es, como vemos, un apostolado rebelde. Pero no se suponga, sin embargo, que la interpretación que nos enamora y por la que decididamente trabajamos, encarna la teoría de una interpretación igual para todos los espíritus, no; somos lo bastante despiertos para no aceptar por homogénea, por dogmática, por antiestética y por antiuniversal, una igualdad socialista, esa igualdad que exige a los hombres fusión de opiniones y de esfuerzos que tienden a concretar un resultado común. Somos individualistas por convicción filosófica y por espíritu de convivencia; y cada vez más entendemos el individualismo como la forma que más convenientemente se ajusta a los movimientos de la vida y a los movimientos de la evolución. En una sociedad en que predominara el individualismo en todas sus cuestiones morales y políticas, sería una sociedad compuesta por hombres que no tendrían por qué temerse ni odiarse; sería una sociedad que cabalgando sobre lo variable, se habría sometido conscientemente a las leyes de las renovaciones universales.

Ser y al mismo tiempo interpretar los ejercicios cambiantes de la vida, es alcanzar la posesión de un conocimiento colectivo verdadero. El colectivismo social tiene sus causas generatrices de renovación, en cada una de las manifestaciones del individualismo. Quitad de las sociedades humanas, si dudáis, las inteligencias aisladas que se han esforzado por conducirlas hacia cumbres de cultura, y sólo os quedará algo extraordinariamente monstruoso. ¿Y qué inteligencias han sido más colectivas que esas que han tenido la percepción de lo nuevo, sumado a una idea superior de sus fuerzas y de sus energías? Las sociedades, por ellas, son lo que son en bondad y en sabiduría. Pero el individualismo no consiste en eso sólo, simplemente; es más, mucho más como filosofía y como interpretación. El individualismo moderno, en efecto, trata de llevar sus análisis a las actividades biológicas de los seres y procura desterrar de las evoluciones humanas toda la parte de animalidad que pertenece al pasado. La animalidad pretérita se sostiene siendo actual, sobre un desconocimiento de tiempo. Esa es la causa de su supervivencia.

Mi época debe apoyarse sobre la sabiduría de mis interpretaciones de evolución, pues no de otra suerte puedo desenvolverme en sus medios con todo el caudal de lo que yo soy realmente. Si no soy en mi propia interpretación evolutiva, y sobre ella construyo y destruyo, dispuestas se hallan mis fuerzas, entonces, para ser miseria de esclavitud o materia apropiada para los moldes del despotismo. Y yo debo ser; y debo ser libre; pero mi libertad, para que cumpla su destino, debe tener compensaciones de desarrollo en las esferas sociales en que actúe. De otro modo, no es posible que mi individuo tenga su ambiente en la época que vive.

PERFILES

I

Ni cuando te ríes, ni cuando estás serio, ni por la mañana ni por la tarde, es posible darle crédito a tus palabras. Feliz de ti que juegas con la mentira y has hecho de ella el sagrario de todas tus horas. La vida se te presenta bajo la faz de una cosa tan frágil, como la expresión de la burla. Si el ser humano tiene instantes de gravedad, minutos de nostalgia, horas de tristeza, en tí se ha roto o no existe esa norma biológica. Tú, si sufres esos estados de espíritu, no logran alterarte. Tu individuo parece puesto sobre una circunstancia incambiable. Y así vives y te manifiestas, sembrando por todas partes que pasa, la mentira desvergonzada e hiriente.

¿A qué herencia responde tu psicología y cuál es la síntesis de tu alma? ¿Será el dolor de tus antepasados el que ha modelado en tí ese carácter especial, burlesco y mentiroso? En cada hombre hay un enigma. El tuyo se revela por esa psicología de no pronunciar nunca una palabra interesante, conmovedora y verdadera. Tu consagración es de una vulgaridad conocida. Nadie te cree, nadie te toma en cuenta, como no sea para cimentar sobre una de tus mentiras los recursos del ingenio. Sin embargo, este concepto de los demás, ni te molesta ni te preocupa. La falsía acude incesantemente a tus labios, con una facilidad instintiva. En tus gestos y en tus actitudes, parece como que se percibiera el aire del embuste.

Si alguna vez se te ocurriera hacer una confesión franca, sincera y positivamente sentimental, ¿que suscribirías en ella? Tu inteligencia debe hallarse vacía de pensamientos serios y es lógico que no pudiera hacer un esfuerzo de esa índole. Pero a pesar de todo vives y te sientes vivir como cualquier otro, como el que tiene por norma decir la verdad, ser probo y no engañar a nadie. ¿Será esta la razón que sirve de consuelo a tu existencia?

II

La guerra ha traído una modificación en el lenguaje de casi todos los escritores. La palabra de soberbia, el adjetivo temerario y la fuerte expresión que pone un sonido áspero en los oídos, forman parte en la actualidad de la buena literatura. Cuando los pueblos se cañonean por mitos o por razones de civilización, las plumas adquieren otro temple y los escritores no temen descubrir la parte de odio y de barbarie que llevan adentro. Hoy se opina a cara descubierta y a voz en grito. La literatura ha perdido su galantería, su dulzura, sus eufemismos; expone sus conceptos de las cosas y de los hombres en un lenguaje de franqueza brutal.

Y, caso curioso, muchos individuos que antes de la guerra eran incapaces de escribir dos líneas seguidas, se han revelado con ella fecundos escritores. ¡Y que escritores! La pasión, la subida pasión que convulsiona los instintos, es la causa de ciertas manifestaciones que, de no ser por ella, no surgirían a la luz del día. La guerra, pues, es un movimiento de brutalidad y de salvajismo, y todos los que de una manera intensa sienten tales sentimientos, adquieren bien pronto un hábito de exteriorización que sorprende.

Los pueblos han adoptado un lenguaje primitivo, el mejor lenguaje que expresa exactamente su psicología. Y si es superior la realidad de un hecho a toda otra demostración ética, el hecho actual de la guerra logra alcanzar por medio de las pasiones puestas en juego y de la literatura que las expresa, una medida de tiempo y de evolución. Los filósofos deben estar contentos. Esta época es un punto de partida para no dejarse sorprender por metafísicas muy humanas.

III

Aquel que piensa excesivamente en sí mismo enuncia la tenacidad de un carácter egoísta. La filosofía del superhombre aconseja esa concentración ideológica, a la que deben sumarse las pasiones y las ideas. Pensar excesivamente en sí mismo tanto en el placer como en el dolor, se nos antoja a nosotros que es cultivar una psicología estrecha, enfermiza y brutal. El hombre tiene su correspondencia en el conjunto, en el todo, y es querer retrotraerlo a la animalidad si se le enseña que para ser grande, fuerte y sabio, es preciso que subordine el mundo a su alma en provecho de su superación.

La superación, al contrario de esa filosofía, la interpretamos nosotros por medio de la sensibilidad más exquisita. Pensando en sí mismo sin apartarse de la línea circular de sus acciones, el hombre en vez de ser y progresar, se empequeñece por falta de contacto y de choque; en vez de evolucionar hacia una aptitud de nobles emulaciones, adquiere hábitos de misantropía.

La talla del hombre obedece necesariamente a una medida de comparación. Sin comparación no hay concepto posible. Luego es comparándome contigo, cómo puedo llegar a conocer mi superioridad o mi inferioridad, lo que yo soy más o menos que tú. El superhombre ha de ser la síntesis de un conjunto de progresos sensibles que no excluyan la humanidad, el acercamiento y el apoyo decidido y desinteresado.

Cualquier otra idea del superhombre es dañina, porque sólo se aviene a una realidad cruel del individuo, a esa realidad que se halla en el avaro, en el egoísta, en el enfermo y en el primitivo.

Uno.

La cuestión obrera

Los movimientos obreros parece como que se desenvolvieran en los mismos espacios de una órbita invariable, a juzgar por lo muy poco que alcanzan sus progresos. El aumento de sueldo y la disminución de horas, son sus postulados o sus principios imperecederos. La mente del proletariado no percibe otra cosa, a través de las ideologías que la embarazan y la preocupan. Tales ideologías, en efecto, determinan en él un revolucionarismo ultra, que no logra arrancarlo, sin embargo, de su triste condición de paria, de hombre que sufre las angustias de la escasez y los infortunios de la miseria.

La orientación que lleva, no por avanzada es menos errónea. El proletariado tiene necesidad de ser revolucionario en los medios actuales y no como lo viene siendo de acuerdo con los cánones sindicalistas, socialistas o anarquistas. Ello significa un engaño o un equívoco. Su papel de ahora, papel lógicamente actualista, consiste en resolver de inmediato los problemas del trabajo, esos problemas que son incapaces de solucionar los políticos, los gobiernos y los capitalistas. ¿Qué necesita para formalizar esta labor emancipadora? Necesita, pues, de un conocimiento más o menos elemental, de un buen propósito y de una desinteresada actitud. Dentro de sus organizaciones no debe gestar un revolucionarismo trascendente, sino la táctica revolucionaria de un progreso efectivo. En otros términos: Las mejoras que el proletariado conquiste, no deben tener un destino dudoso, de fluctuaciones y de probables derroteros retrospectivos, pues que eso implica quedar siempre en el mismo terreno o en la misma situación, ni más libre, ni menos esclavo, ni más satisfecho, ni menos satisfecho.

Pero, ¿cómo pueden solucionarse o irse solucionando los problemas del trabajo? El proletariado lo ignora, sin duda; vale decir, el proletariado sabe cómo se solucionan en el sentido sindicalista, socialista o anarquista, y nada más. Sin embargo, esas no son soluciones positivas. Las verdaderas soluciones tiene el proletariado que despojarlas de hipotéticas y de absurdas teorías, imponiéndose de los desenvolvimientos y de las condiciones del trabajo. Para encarar realmente la cuestión, es necesario que haga universal y efectivo el principio de solidaridad, no de una solidaridad *revolucionaria* ¿sino una solidaridad humana? es necesario que resuelva: 1.o El problema de la desocupación. 2.o El sueldo proporcional. 3.o Las horas de trabajo.

El problema de la desocupación ha sido planteada por algunos escritores, pero que sepamos no lo han sabido resolver. Sin embargo, no tiene nada de complejo a nuestro juicio. Hoy por hoy, el derecho que tiene todo hombre a la vida, es un concepto al que no se le oponen *serias* resistencias, si bien solo es admitido en un orden teórico. Pero algo es algo. Y bien, tal derecho no lo tiene asegurado ni siquiera en el sentido mezquino que conocemos, el obrero condenado a huelga forzosa, el obrero que busca un día y otro donde ocupar sus fuerzas y no encuentra. El destino angustioso de este infortunado, no le preocupa a nadie lo más mínimo, ni aún aquellos de su misma clase que del mismo modo se hallan expuestos a sufrir iguales rigores. Este, como vemos, es un problema capital que debe ser resuelto de inmediato. ¿Cómo? Por medio de una fuerte organización que cuente entre sus principales aspiraciones con tal objetivo, y se decida a imponer y a establecer en fábricas y talleres tantos turnos de obreros como ellos sean en proporción al ra-

mo de trabajo que se efectúe. Si hoy, por ejemplo, hay en un taller dos turnos de obreros y quedan en huelga forzosa los hombres correspondientes a otros, nada más justo que la organización o el sindicato o los sindicatos unidos impongan otro, hasta llegar al límite de que no haya obreros que no trabajen. El horario podría regularse de forma que consultase las conveniencias de los sindicatos, pues estos habrían de ser y han de ser los más interesados en los desenvolvimientos regulares del trabajo.

Y en cuanto al sueldo, éste debe ser regulado de acuerdo con el monto total de la producción, dejando que las empresas, los burgueses o quienes sean, sólo perciban un interés más o menos equitativo en proporción a sus capitales empleados. Claro es que los burgueses se resistirían, pero aquí empezaría la verdadera lucha, una lucha sensata y de capacidad hasta que por capacidades positivas podieran los mismos sindicatos posesionarse del trabajo y desalojar a la burguesía parasitaria. Es cierto que esta táctica que ligeramente esbozamos, no es la de la expropiación directa, pero es la lucha de la inteligencia, orientada hacia nuevos y posibles progresos definitivos.

Tenemos la convicción de que sólo así, es como la organización del proletariado podrá alcanzar el peso ofensivo de que carece y ocupar el rango de potencia eminentemente social en las civilizaciones actuales.

J. T.

En el Frigorífico Armour de Livramento

Ha estado aquí, en este Frigorífico, un periodista. Creí, que el tal, escribiría alguna verdad de lo que aquí pasa. Me equivoqué, pues, no ha dicho nada. No puede alegar que nada malo ha visto. Aquí presenció las faenas diarias, y pudo ver, el horario de diez y más horas, constatando las condiciones antihigiénicas en que trabajan las mujeres y el salario ridículo que perciben. Los obreros ganan un peso uruguayo por día, y no en todos los trabajos Los que están bajo la dirección de Adams y Shaw, Compañía de Construcciones de Cemento Armado, ganan más.

Esa empresa ha traído carpinteros y albañiles de Montevideo, y está obligada a pagarles un salario de 25 centésimos la hora. Lo bueno es, que esos trabajadores, acostumbrados a laborar ocho horas, tienen que someterse aquí a la jornada de diez. En Montevideo, se dijo a esos obreros, que aquí había un hotel, y por lo tanto, posibilidad para comer en buenas condiciones; pero ello, no es cierto. Aquí, hay un hotel de la compañía, que cobra 18 pesos mensuales por una comida de perros, sin café con leche. No hay otro remedio que comer allí, pués no hay otra parte a donde ir. Habia antes, algunos trabajadores, que daban de comer, pero la Empresa temerosa de la competencia, los amenazó con expulsarlos del lugar, dado que todo el terreno de estos contornos pertenece al Frigorífico. En total, aquí se explota de dos modos: primero en el trabajo, pagando jornales miserables; después en la comida y otros gastos, para que la mayor parte del dinero quede siempre en poder de la Empresa. Los peones son expoliados de un modo parecido a los tiempos de la esclavitud.

Se les hace trabajar diez horas seguidas, sin descanzo, con las carretillas cargadas de material. Los jefes obligan a los capataces para que hagan llenar en demasía dichos vehículos, lo que coloca a los peones en una situación tan penosa, tan agotadora que produce indignación. Estos jefes, norteamericanos en su mayoría, vigilan constantemente para que los capataces y encargados hagan trabajar a los obreros como bestias. Para los pobres peones, no hay compasión alguna en el alma de estos hombres fieras. En el artículo próximo citaré casos a este respecto que he presenciado.

UN OBRERO.

MI PALABRA

En estos momentos en que el despertar proletario hace temblar la burguesía, en estos momentos que tan necesaria es la unión entre los obreros, nosotros los que llevamos esos cerebros hacia la luz y que debiéramos enardecerlos con nuestro ejemplo, nos mostramos muy pequeños al estar discordes muchas veces por nimiedades, que teniendo un poco de buen sentido y menos amor propio se zanjarían sin dificultad.

¡Si al menos los equivocados tuvieran la nobleza de corazón de declararla! Predicamos la unión, el amor, la justicia y no tenemos el criterio de estar de acuerdo entre nosotros.

Perdemos mucho camino de lo andado al discutir asuntos personales ante los intereses de la multitud que hambrienta de saber viene a nosotros. Si tuviéramos el valor de sacrificar nuestras rencillas ante lo grande de la obra a llevar a cabo, seríamos más fuertes y no mostraríamos a nuestros enemigos que aun tenemos mucho que luchar para desarraigar en nosotros todo lo malo que de 20 siglos a esta parte nos han endozado. Ante la grandeza de nuestro ideal el hombre es el todo y de la acción de cada uno depende el triunfo de la masa.

Si formáramos dentro de nosotros una sociedad y nos acostumbráramos a vivir anárquicamente en todos los puntos posibles, a ser anarquistas de acción y de palabra, otro sería el resultado que obtendríamos, que desarrollando los mezquinos instintos que tenemos de herencia muy adentro. Si los acalláramos y los olvidáramos quizás murieran; pero removiéndolos a cada instante tendremos para rato con nosotros mismos.

Hay que ser fuerte y saber dominarse, saber acallar todo grito que no esté concorde con la ruta que nos hemos trazado y comprender que con disidencias, más se perjudica que se favorece la propaganda. A nadie señalo, el que se de cuenta que obra mal pesará mis pobres líneas.

Quisiera llevar a todos los cerebros la luz de la razón, quisiera a todos convencerlos y unirlos en el abrazo que templa el alma y agiganta el pensamiento; pero fracazo ante mi pluma que no puede arrancar del cerebro todo el inmenso caudal de amor que quisiera arrojar sobre la multitud, electrizándola e inculcándole todo lo grande y bello que mi ideal encierra.

Quisiera luchar para dar mi ejemplo, inmolarme a mi ideal y ser brazo vengador que hiere y derrumba todo lo injusto, plantando sobre esas ruinas el pendón rojo de las rebeldías populares de donde surgiera la vida nueva. Quisiera ser dinamita redentora que con su soberbio empuje simboliza todos los odios acumulados en el corazón del oprimido y que al contacto de la madre tierra, enjugadora de nuestra sangre y nuestras lágrimas, estalla lanzando al rostro de sus verdugos toda la hiel de sus sufrires. En fin, quisiera dejar a un lado pequeñeces que nos rebajan, e iluminando a todos con la clara luz de la Verdad mostrar el camino que, conduce hacia el más allá... lucharé todo lo que mis fuerzas me permitan para que nuestra pura y justa idea llegue a convertirse en hecho sin haber recibido una mancha en el lodo del camino. Nunca nos conceptuemos pequeños, todos somos inmensa fuerza que con una ferrea voluntad será piqueta que demolerá bastillas. El que se dá por vencido antes de la lucha es un cobarde que tiene miedo de sí mismo.

¡Abrazáos hermanos!

LAVALLEJA VAZQUEZ.

La huelga en el Puerto

HAY QUE VENCER

No conocemos movimiento obrero que se haya producido en América, que tenga la trascendencia vital de la huelga portuaria de Montevideo.

Trascendencia vital, porque no es un movimiento contra un capitalista simple, sino contra el Estado mismo. Mirado el problema en toda su importancia, compréndese bien, que aún en el caso de que el Estado evolucionando hacia el socialismo monopolizára el día de mañana la producción, el gremialismo se le entrentaría y lucharía contra él, como lo hace hoy, en defensa de los intereses del trabajador.

La huelga portuaria, es algo más que una huelga común, es una huelga contra el gobierno constituído, y tiene un significado anarquista.

Cuando el proletario no le concede un mayor respeto, un mayor valor de utilidad al Estado que el que le puede conceder a un capitalista, ello importa mucho en la conciencia del trabajador, aunque sea solamente en todo aquello que tiene relación con el trabajo. Y el hecho, pues, de que los trabajadores organizados se atrevan a levantarse frente a los poderes públicos, haciéndole frente y venciéndolo una vez y en camino de vencerlo por vez segunda, tiene que alarmar a la clase conservadora, que sabe bien lo que le espera en las luchas futuras si el gobierno pierde la huelga del puerto. Y si hay un interés reciproco de capitalistas y gobernantes para aplastar a los trabajadores, debe haber un doble interés en los anarquistas para que triunte el movimiento portuario, puesto que esa lucha tiene carácter anarquista, es decir, que va directamente contra el gobierno, y por tal razón es que hay un interés manifiesto de parte de la burguesía en apurar los recursos para vencer a los proletarios hoy en lucha.

La solidaridad del vecino país no ha fallado, cumplamos, pues, nosotros, con nuestra obligación, accionando decididamente contra los traidores.

La huelga está en pié después de muchísimos dias. Ello, tiene grande importancia. Las comunicaciones fluviales con Buenos Aires, han sido cortadas y entra la lucha en una faz de suma gravedad. Cumplamos, pues, como obreros y como anarquistas nuestra obligación, luchando al par de los huelguistas, por el triunfo de su causa, que es una causa justiciera.

Los obreros portuarios deben vencer, pero para ello es necesario que los ayudemos con algo más contundente que las palabras y los amables consejos.

¡Anarquistas a la lucha!

Recuerdos

JUAN SINKASA

El padre de la risa, fué, seguramente, Juan Sinkasa. Nadie como él, para revolucionar el mundo con una carcajada; nadie como él para meter en vereda a los gobernantes y a los burgueses con fina y «jacunda» ironía. Juan Sinkasa, es el Voltaire de los tiempos modernos.

Ha escrito mucho, pensado más, agitado, combatido, revolucionado el medio con su burla hirviente y detonante. La risa de semejante hombre, es mejor que la dinamita. ¿No lo recordáis?.. Es contemporáneo.

Es chino, no obstante no parecerlo. Nadie lo ha visto nacer—según dice—pero estamos seguros de que miente. En la China, fué un gran propulsador de la revolución y un propagandista decidido de las ideas avanzadas. Por la risa y no por las ideas, provocó las iras de los mandarines, por lo que, apesar del fino amor por las mandarinas, fué expulsado de aquel país. Ha hecho más, Juan Sinkasa, con su endiablado temperamento por el mejoramiento social que muchos centenares de hombres de acción. Burlarse de costumbres y prejuicios estúpidos, es también una obra revolucionaria, tanto, o más que esas tiradas pesadas de argumentación ideológica a que nos tienen acostumbrados.

Esto viene a cuento, por haber sabido que en la lejana Patagonia ha muerto ese buen camarada del ex-celeste Imperio, que, sin embargo, no tenía ojos oblicuos, ni siquiera el color azafranado.

Diremos con el vulgo: «una lágrima en su tumba».

Walter Ruiz.

NOTAS ADMINISTRATIVAS

Elorz.—Tomamos nota de 6.00 nacionales entregados por Marroqui, 7.50 de Pagliarini, 1.00 de A. García y 1.80 de R. Taboada.

J. Castillo.—Remitimos cinco obras.

Notificamos a todos los suscriptores que adeudan más de seis meses, que desde el próximo número suspenderemos el envío.